

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—ESCENAS MARÍTIMAS, por D. Baldomero Menendez, *conclusion.*—LA NIÑA ENFERMA, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—EL PEZ, por D. José C. Bruna.—EN EL ALBUM DE UNA NIÑA DE QUINCE AÑOS, por D. Eduardo Bustillo.—CUENTOS FANTÁSTICOS, escritos en alemán por Erekann Chatrian.—GEOGLÍFICO.

TEATRO PRINCIPAL.

Luisa Miller.—Reaparición de *El Trovador*.

Luisa Miller constituía en Cádiz casi una novedad, puesto que estrenada hace bastantes años, solo pudo alcanzar entonces un cortísimo número de representaciones. Debemos, pues, tratarla como nueva, toda vez que ha sido aceptada como tal.

Su argumento está tomado del drama del célebre Schiller, pero privado, como está, de los grandes toques con lo que ha inmortalizado aquella vigorosa pluma, queda reducido á una cosa, si nó vulgar, al menos de esas traídas y llevadas. Júzguese por la reseña que de él vamos á presentar.

Luisa es hija de un antiguo soldado, lo cual no quita para que sea muy bella, y para que en su cualidad de tal haya inspirado una pasión vehementemente á Rodolfo, hijo de un señorón de la primera aristocracia alemana, y con esto se dice todo. No hay que decir que Luisa y su padre ignoran la calidad del amante, porque eso sucede siempre en las óperas y en los dramas.

Ahora bien, cierto quidam, llamado Wurm, escudero ó cosa tal del señor, y que fué desairado en sus pretensiones al amor de Luisa, se propone vengarse, y al efecto revela el asunto á las partes interesadas. El señorón va á casa del soldado para insultarlo, suponiéndolo cómplice en aquellos tratos. Miller ofendido le vuelve, como suele decirse, las palabras al cuerpo, la comitiva de aquel se presenta, y el padre es llevado á una prisión por el delito de tener una hija de buen parecer.

Todo parece indicar que allí se habían propuesto dejarlo pudrir en su calabozo, cuando Wurm se presenta á Luisa manifestándole que solamente reco-

brará su padre la libertad cuando el señor se convenza de que está destruido el amoroso lazo en que tiene preso á Rodolfo: es indispensable, por tanto, que ella escriba al amante una carta en la que rompa sus relaciones, manifestándole que lo ama á él. Después de la natural repugnancia y consiguientes vacilaciones la carta se escribe, y en su consecuencia Miller es puesto en libertad.

Pero Rodolfo, al sentir el sinapismo, pone el grito en el cielo, se dirige á casa de Luisa, que á la sazón se halla distraída, y vierte en una taza de leche unos polvos, que á la legua se conoce han de ser cosa mala. Hecho esto se presenta, hay sorpresa y asombro, Rodolfo, como Edgardo en *Lucía*, obliga á declarar á Luisa si es aquella carta en efecto suya, y al oír la afirmativa se siente desfallecer, coge la taza, bebe de ella, manifiesta que aquella leche tiene mal sabor, y su amante, para averiguar la verdad del caso, la prueba. Ambos están envenenados, y en su consecuencia ámbos mueren, si bien en la ópera solo vemos morir á Luisa, quedando Rodolfo para cuando se eche el telón.

No hay que decir que Luisa, al saber que está envenenada, revela á su amante todo lo sucedido, y los motivos que les han impulsado á obrar de aquella manera; pero la verdad es que Rodolfo obra con poca cordura y menos discurso cuando no se le ocurrió que todo aquello había podido suceder con suma facilidad mediante la coacción que se ejercía sobre su amada, puesto que estaban amenazadas no solo la libertad ulterior de su padre, sino hasta su vida.

¿Aquel Rodolfo no había leído nunca novelas ni dramas? ¿No había visto que eso sucede allí todos los días, que ese es el resorte mas manoseado?

¡Lo que va de tiempos á tiempos! Hoy ni aun el mas imberbe pollo se dejaría engañar por una carta como aquella.

Y aun dado caso de que hubiera sido así, convengamos en que esto de asesinar un hombre á una mujer porque ya no le quiere es una solemnísima barbaridad. Una intervencion armada en el dominio de los sentimientos ajenos es contra todo principio, y si en alguna parte está fuera de toda duda el derecho de libre anexión, es precisamente en el corazón de las mujeres y de los hombres.

Dejemos á los inteligentes que discutan acerca

de las condiciones artísticas de esta ópera. Completamente legos, ni podríamos seguirlos en ese terreno ni acaso comprenderlos. Sin embargo, fuera de toda pretension, vamos á darnos cuenta de las impresiones que en nosotros haya producido.

Ha dicho nuestro ilustrado amigo el Sr. Iquino, que en esta ópera aparece Verdi vacilante é inseguro frecuentemente, lo cual es debido á ser esta obra el punto de transicion entre su antigua y su nueva y mas brillante escuela. Aceptamos este pensamiento, porque solo así podemos darnos razon de ese estudiado apartamiento de las formas siempre por él seguidas, de esa desigualdad relativa en el corte de las piezas y en su mérito, de esa especie de principio repulsivo que allí notamos, por medio del cual las voces y las instrumentaciones parece como que chocan mutuamente, como que se rechazan en vez de darse la mano y servirse de apoyo, constituyendo algo de fatigoso al oído, como es mucho de fatigoso al cantante.

Ya se comprende que no es esto decir que *Luisa Miller* no posea piezas bellísimas; porque aunque nosotros no seamos, ni mucho menos, ciegos apasionados de la música de Verdi, al que preferimos otros autores, no le hemos negado nunca á este sus buenas prendas, ni dejamos de oír con mucho gusto no pocas de sus obras. Si Verdi con frecuencia nos aturde en demasía, con frecuencia tambien nos hace gozar, y si las mas veces padecemos al ver los inauditos tormentos que hace sufrir á los artistas con sus notas asesinas, cuando el corazon se nos endurece y no nos deja reparar en ello nos deleitamos con sus vigorosos arranques y con sus dulces canturías.

La ejecucion de esta ópera es toda la prueba de un cantante, y pocos, poquísimos entendemos que podrán ponerse á la altura de sus dificultades. La jóven señorita Micheli trabajó con ardor y con toda su alma, segun acostumbra, pero ni esto basta siempre, ni el tiempo de que habia podido disponer para su estudio y ensayo, segun tenemos entendido no fué el bastante: sin embargo, sus excelentes facultades la sacaron incólume de tan árdua empresa. Fué poderosamente secundada por el Sr. Paccini y por el Sr. Selva, el excelente y querido artista á quien el público saludó gozoso en su aparicion, y que ahora se mostró digno de su buena fama.

La Sra. Bellochio siempre tan buena artista.

El Sr. Ghislanzoni no estaba mejor de voz ahora que en las anteriores funciones, y no era esta ópera mas á propósito que *El Trovador* para disimular aquel accidente. Cantó sin embargo con gusto y espresion su romanza, aunque por una de esas anomalías que nadie esplica y que nadie sabe de donde proceden, fué precisamente aquí donde, á vueltas de algunos aplausos, se manifestaron otras tantas muestras de desagrado; muestras que si se comprenden por el estado de su voz, no se comprenden por su modo de cantar un trozo en que la voz es lo de menos.

La pertinacia de esta indisposicion ha hecho que la empresa, celosa de los intereses del público

no menos que de los suyos propios, haya convenido con el espresado tenor en darle un descanso suficiente á investigar si sus padecimientos nacen de una causa accidental, como es muy posible, ó bien de otra mas permanente. El resultado de esta observacion indicará á aquella el camino que tiene que seguir para lo sucesivo. Entretanto, y vista la imposibilidad de presentar en algunos dias otra ópera ó de suspender las funciones, con anuencia del Sr. Ghislanzoni se suplicó al otro tenor Sr. Conti, que debia presentarse en una ópera de su cuerda, se hiciese cargo del papel que aquel habia desempeñado en *El Trovador*, á lo cual solo en vista de lo extraordinario de las circunstancias accedió dicho artista, habiéndose presentado el miércoles en la ya mencionada ópera.

El Sr. Conti es un jóven de agradable exterior, de voz regularmente extensa y de timbre algo gutural, pero de esos á que es fácil acostumbrarse. Seria injusto el juzgarlo bajo el punto de vista de un papel que no está obligado á desempeñar en su contrata: no son esas óperas las suyas: sin embargo, de lo que hizo puede colegirse que será un tenor sumamente aceptable en su género y que su adquisicion ha sido provechosa.

Está en ensayo y se pondrá en escena dentro de breves dias la bellísima ópera de Donizetti *La Favorita*. El tenor está á cargo del Sr. Conti y la parte de contralto al de la Sra. Bellochio.

Los principios de las temporadas traen consigo forzosamente tropiezos, y no han sido escasos ni poco graves los que han surgido para la actual empresa. Todos van venciéndose, y esperamos que dentro de breve tiempo funcionará sin trabas esta excelente compañía.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESCENAS MARITIMAS.

UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR.

(CONCLUSION.)

Volví á izar y arriar de nuevo nuestra bandera amorronada repetidas veces, agitamos desde la popa una sábana con insistencia, y disparé una tras otra y á muy cortos intervalos cuantas armas de fuego teníamos á bordo sin que la fragata se diese por entendida; pero continuaba acercándose, y era imposible, de todo punto imposible, que dejase de habernos visto, á no venir dormida toda su tripulacion, lo cual, como comprendéis muy bien, no era posible.

Aquel silencio principió, amigos míos, á inquietarme de un modo terrible, como si mi corazon presintiese lo que nos iba á suceder.

Aunque el viento nos venia casi de proa y era muy expuesto hacer trabajar á nuestro buque en el estado lastimoso en que se hallaba, salté sobre

estas consideraciones que me habian detenido hasta entonces, largué de nuevo la trinetilla y el juanete, y me puse á ceñir con rumbo á la fragata para acortar la distancia.

Pero apenas habíamos emprendido esta maniobra y cuando bastaba media hora, ¡nada mas que media hora, amigos míos! para que los dos buques se encontrasen, vimos con asombro y con un terror difícil de explicar, que la fragata viraba en vuelta del E. sin hacer caso de nosotros.

Pintaros, mis buenos amigos, la impresion que esto produjo en nuestros ánimos, es superior á mis facultades. Mi pobre niña y yo nos miramos un largo rato con espanto y sin poder articular una palabra, sin que nuestros ojos derramasen una sola lágrima, sin que nuestros estenuados cuerpos hiciesen el menor movimiento.

Y entre tanto aquel buque, que era nuestra única esperanza, se alejaba mas y mas de nosotros, negando á unos infelices náufragos el auxilio que le pedian, la vida que de él esperaban.

—¿De qué nacion eran aquellos infames? preguntó, encendido el rostro por la ira, el segundo del *Relámpago*.

—No lo sé mi querido libertador, y aunque lo supiera lo callaria. Aquella tripulacion debia estar beoda, cuando así nos abandonaba. Verdad es que el viento era duro, que la mar estaba muy gruesa, que nuestro buque se hallaba próximo á irse á pique, que habia en fin bastante peligro para las lanchas que viniesen á nuestro costado.

—El marino que tiene conciencia de su deber, le interrumpió el piloto, desprecia el peligro cuando el cielo le presenta una ocasion en que pueda salvar de la muerte á sus hermanos.

—Y sin embargo, hijo mio, aquel buque que debia y podia llenar ese deber sagrado, continuaba alejándose de nosotros desoyendo nuestras súplicas.

Y entre tanto la mar engrosaba horriblemente, el estruendo que producian los cajones en la bodega era cada vez mas espantoso, nuestra proa se hundia por instantes, una racha de viento nos arrebató el aparejo, á tiempo que la fragata desaparecia por completo envuelta en una cerrazon espesísima.

Mi pobre niña cayó entonces de rodillas levantando sus manos al cielo. La inmensidad de su angustia reanimó un instante mis fuerzas; la cogí delirante en mis brazos, me precipité con ella en la cámara é iba á tenderla en su catre, cuando un golpe de mar, rompiendo con horrible estruendo en la popa, me arrojó contra los paños.

Nada sentí ni ví, ni oí desde aquel momento.

V.

Apenas habia concluido Mr. de Lionville de referir la historia de su naufragio, dejando á sus amigos que considerasen cual seria el estado de su hija durante las 36 horas que pasó despues en la *Jóven Amalia*, viéndole sin sentido, bañado en sangre y próximo á espirar en sus brazos, cuando

do un marinero que se hallaba en la cruceta de gavia dió la voz de—¡vela por la mura de estribor!

El capitan del relámpago cogió el catalejo, miró en la direccion que el marinero indicaba, y todos, pero muy particularmente M. de Lionville, esperaban con impaciencia el resultado de sus observaciones.

—Es una corbeta de bastante porte á juzgar por el aparejo, pues el casco no se descubre aun, dijo aquel entregando el antejo á su segundo.

—Efectivamente, añadió el piloto despues de examinar la vela con detencion; y casi estoy por creer que es un buque de guerra.

—¿En qué vuelta navega? preguntó el anciano.

—Gobierna casi en rumbo opuesto al nuestro,

—De modo que podrá ser un buque europeo que vuelva de las costas de Asia?

—Quizás, contestó el segundo sin abandonar el catalejo, y algun tanto desconcertado por la pregunta de M. de Lionville, que revelaba claramente los deseos que tenia, como era natural, de continuar su viaje á Francia.

—Ha largado su pabellon? continuó preguntando el anciano.

—No; pero ya no tengo duda: es un buque de guerra.

—¿Y os parece que nos ha visto?

—Es muy probable. Estarémos próximamente á unas diez ó doce millas; navegamos con todo aparejo, y el no habernos visto y examinado ya seria una falta de vigilancia imperdonable en un buque de la marina real.

M. de Lionville tomó á su vez el catalejo, examinó con ansiedad creciente aquella vela, y brilló en sus ojos un rayo de alegría que no trató de disimular.

—¿Conoceis esa corbeta? se apresuró á preguntar el piloto un tanto sobresaltado.

—Creo que sí, amigo mio, contestó el anciano sin dejar de mirar al buque. Creo que sí, pero temo que la ilusion y el deseo me engañen. ¿Quereis hacerme el favor de mandar que se ize nuestra bandera.

El segundo del *Relámpago*, aunque contristado por un vago presentimiento y dirigiendo á la jóven francesa, que presenciaba silenciosa aquella escena, miradas de indefinible ternura, se apresuró á complacerle, y dos minutos despues ondeaban en el aire las brillantes franjas del pabellon español.

Del costado de babor de la corbeta se elevó al instante una espesa columna de humo: el estruendo del cañon interrumpió el silencio que reinaba en la atmósfera, y apareció en su popa la bandera francesa.

M. de Lionville tomó de nuevo el antejo y examinó detenidamente el buque francés.

—¡Es la *Berenice*! exclamó con alegría. ¡Es la *Berenice*! Conozco demasiado la disposicion de sus aparejos para que pueda equivocarme. ¿Me hariais, capitan, el obsequio de mandar que se gobierne sobre ella para preguntarla si hace rumbo á los mares de Europa?

—Con mucho gusto, mi querido M. de Lionville,

le contestó el jefe del *Relámpago*, dando la orden de orzar sobre la corbeta. Comprendo perfectamente vuestro deseo de abandonar cuanto antes el bergantín.

—Deseo de abandonaros! le repuso el anciano cariñosamente. Os engaños, amigo mio; lo que deseo es terminar cuanto antes mi viaje y verme á salvo en Marsella con mi querida hija, para no pisar jamás el Océano.

—¿Pero ese buque?... principió á preguntar el joven piloto, abrigando aun la esperanza de que la corbeta no se dirigiese á Francia.

—Es uno de los mejores que tiene la marina real en su clase, le interrumpió el anciano. Conservo íntimas relaciones de amistad con su comandante, que ha servido muchos años á mis órdenes, y si hace rumbo para Europa, irémos á su bordo perfectamente y con toda seguridad.

El joven volvió la cara para ocultar una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—La ausencia amigo mio, prosiguió el anciano cogiéndole y apretándole afectuosamente la mano, será corta. El *Relámpago* terminará pronto y con felicidad (así lo espero y se lo pido á Dios al menos) este viaje, y os cito para mi casa de campo de Marsella al cuarto día de vuestro arribo á Barcelona. Ireis, no es verdad?

—Iré, contestó el joven pudiendo apenas contener las lágrimas ante la idea de vivir medio año separado de la mujer que tanto amaba, y de perderla quizás para siempre.

—¿Al cuarto día sin duda?

—Sí... sí... Y el joven marino, con el pretexto de guiar la marcha del buque, huyó á ocultar su desconsuelo y su turbación, y quizá dar rienda suelta á su llanto al extremo de la toldilla.

—¡Pobre joven! exclamó en voz baja M. de Lionville. ¡Qué amor tan entrañable le ha inspirado mi hija, y cómo le adora ella también!

El bergantín seguía entre tanto navegando al encuentro del buque francés, que gobernaba también en demanda del *Relámpago*, disminuyendo así por instantes la distancia que los separaba.

Diez minutos después se hallaban á la voz y uno y otro se pusieron al par.

El piloto, algun tanto repuesto de su emoción animado por las benévolas palabras que el marino francés le había dirigido; y mas aun por la cita que con tal instancia acababa de darle, entregó á este la bocina.

—¡Oh de la *Berenice*! gritó M. de Lionville en francés.

—¿Qué dirá? preguntó en buen castellano el comandante de la corbeta.

—Hacéis rumbo á los mares de Europa?

—Sí por cierto.

—¿Y á qué puerto, M. de Perronet?

Al oír éste que le llamaban por su apellido, tomó el catalejo, examinó cuidadosamente á su interlocutor, y dio á conocer por la alegría que se pintó en su semblante, el placer que le causaba tan inesperado encuentro. Tomó entonces de nuevo la bocina, y se volvió sobre el coronamiento de popa.

—A Tolon, mi querido M. de Lionville.

—Pues hacedme el obsequio de permanecer unos momentos mas al par, mientras echamos al agua la lancha, porque necesito hablaros.

—No os molesteis, amigo mio: yo pasaré á vuestro bordo.

La lancha principal de la corbeta fué arriada al instante, y diez minutos después los dos marinos franceses se abrazaban cordialmente sobre la cubierta del bergantín, y bajaban cogidos de la mano á la cámara, cediendo á las súplicas del capitán.

El piloto se acercó entonces á su amada, que se había arrimado á la borda dando cara á la mar para ocultar las lágrimas que bañaban su rostro angelical y los violentos latidos de su corazón.

—¡Te vas, hermosa mia! la dijo tomándola apasionadamente la mano. ¡Te vas, y quizás te pierdo para siempre!

—¡Cómo! le interrumpió la joven entre afectuosa é indignada. ¿Dudas por ventura de mi amor? En donde quiera que me halle mi pensamiento estará siempre contigo.

—¿Siempre? la preguntó lleno de emoción.

—Siempre; y si fueras capaz de ponerlo en duda por un solo instante, me avergonzaria de haberte amado. El cielo nos separa por unos meses, pero nos veremos pronto en Marsella, y entonces...

La llegada de M. de Lionville y del capitán Perronet interrumpió este amoroso coloquio.

Se había resuelto que los dos naufragos se embarcaran en la *Berenice*, y ocuparían la cámara del comandante, que éste les cedía gustosísimo.

Mientras se trasbordaba á la lancha su equipaje, el anciano se empeñaba inútilmente en ofrecer á la valiente tripulación del bergantín español una recompensa digna del beneficio y del hospedaje que se le había dispensado, y solo después de reiteradas instancias y echando mano de la influencia que sobre aquellos bravos marineros ejercía su capitán, logró que admitiese cada uno uno de esos recuerdos que el hombre mas escrupuloso no puede rehusar, sin ofender al que se lo ofrece, y mas si á ello le impulsa un deseo tan noble como el que le impulsaba al marino francés.

Satisfecho ya su deseo, y después de despedirse del capitán, se acercó al joven piloto, que se hallaba en un ángulo de la toldilla dando el último adiós á su amada.

—Y en cuanto á vos, mi querido libertador, le dijo sacando de uno de sus bolsillos un libro en octavo lujosamente encuadernado y sujetas sus hojas con dos broches de oro guarnecido de gruesos brillantes, deseo que admitáis este libro, que lo tengáis cerrado hasta que se haya perdido de vista la *Berenice*, que le conserveis siempre sobre vuestro noble corazón, y que leáis en él todos los días hasta nuestra entrevista en Marsella.

El segundo del *Relámpago* recibió aquel recuerdo con señales de la mas entrañable gratitud, y sus lágrimas mal contenidas hasta entonces, bañaron su tostado semblante.

Comprendiendo el anciano cuánto amor, cuánta ternura, cuánto sentimiento expresaban aquellas lá-

grimas, le tendió los brazos con el cariño y la efusión de un padre: tomó después con precipitación la mano de su hija, y se dirigió al portalón de babor, en cuya inmediación se habían agrupado para despedirle desde el capitán hasta el último grumete del bergantín.

Al llegar á la lancha que iba á separarle de aquel generoso equipaje que le había libertado de una muerte tan cruel como inevitable, cogió de nuevo la mano del piloto, la oprimió con fuerza entre las suyas, y le dijo volviendo el rostro á la mar para ocultar sus emociones:

—¡Hasta Marsella!... ¡Hasta Marsella!

—¡Hasta Marsella! le contestó el joven con voz ahogada por los sollozos.

La señorita de Lionville daba rienda suelta á su llanto sentada en el banco de popa, y su seno se agitaba de una manera cruel.

Si el joven piloto abrigase entonces algun recelo sobre el amor y la constancia que aquella mujer le había jurado, sus lágrimas y su sufrimiento eran bastantes á tranquilizarle completamente.

A la voz de—¡ larga y hala!—dada por el capitán Perronet, la lancha arrancó á todo remo, y algunos minutos después pendía otra vez de los pescantes de popa de la *Berenice*.

Los dos buques continuaron su viaje en opuestos rumbos.

Mientras la distancia lo permitió, no cesaron de agitarse á cada instante pañuelos blancos en los alcázares de popa.

Quando se perdió tras la curva cada vez mas entrante que forma la superficie de los mares el casco de la *Berenice*, el joven piloto se subió á la cofa mayor, poco después á la cruceta de gavia, y por fin á la de juanete, ansioso de ver por el mayor tiempo posible el buque que le llevaba su amor.

Este desapareció por completo á las dos de la tarde.

Quando al enfilarse el marino por última vez su catalejo en dirección al cuarto cuadrante, no vió en torno del *Relámpago* mas que la inmensidad del Océano y la azulada atmósfera que le cubría y limitaba por todas partes, estuvo á punto de desfallecer. Pero su tripulación le observaba, y ante la consideración de que no se le tuviera á bordo por pusilánime, ahogó en el pecho sus pesares y descendió del palo con la agilidad de un buen marino, aparentando una tranquilidad tras la cual el ojo mas experto no hubiera leído los tormentos que destrozaban su corazón.

Después de dar algunas vueltas sobre cubierta y de anotar en el diario de navegación el encuentro de la *Berenice* y los sucesos que á él se siguieron, bajó á su cámara y abrió el libro que M. de Lionville le había regalado.

Esta preciosa obra se componía únicamente de tres hojas de marfil separadas entre sí por dobles hojas de raso azul celeste.

El piloto descubrió palpitando de emoción la primera, y brilló en sus ojos una lágrima inexplicable.

Contenia el retrato de M. de Lionville.

Descubrió la segunda, y su placer y su emoción fueron en aumento.

Tenia á la vista el retrato de una mujer hermosa, que parecía tener unos cuarenta años de edad, que si bien le era desconocida, la semejanza que halló entre aquellas facciones y las de su querida, le dió á conocer que era la esposa del anciano.

Al descubrir la última, se le escapó un grito de asombro, sus labios la cubrieron de besos, y sus ojos se extasiaban contemplando la imagen de la hermosa criatura por quien suspiraba de amor.

¿Qué mas podía desear entonces el afortunado marino? ¿Podía haber elegido M. de Lionville un medio mas ingenioso y delicado para darle á entender cuál era el porvenir que le aguardaba?

El anciano le había rogado que leyese en aquel libro todos los dias que durase su ausencia; y aunque en este momento abandonemos el *Relámpago*, deseándole que continúe y termine su viaje con tiempos bonancibles y mar bella, podemos asegurar á nuestros lectores, aunque ellos lo supondrán sin necesidad de nuestra aseveración, que el piloto satisfizo puntual y religiosamente los deseos del anciano.

Se pasaron ocho meses.

Estamos en una hermosa tarde del mes de agosto y en la puesta del sol que desaparecía sin la mas ligera nube que ocultase su inflamado y brillante disco en las aguas del golfo de Lion.

En un elegante cenador situado al extremo del jardín de una hermosa quinta, distante media legua escasa de Marsella, se hallaban sentados el anciano M. de Lionville y su hija, mucho mas bella, mucho mas seductora que cuando la dejamos á bordo de la *Berenice*.

A la izquierda del marino francés estaba sentado tambien un joven, abarrotado de felicidad, como diría un hombre de mar, hasta las bocas de escotilla.

Era el segundo del *Relámpago* que había recibido dos dias antes en premio de su acción generosa, la mano de la señorita de Lionville.

BALDOMERO MENENDEZ.

LA NIÑA ENFERMA.

Doncella de negros ojos
y labios descoloridos
que dices que á buscar malvas
te envía el facultativo,

¿A dónde vas presurosa
por solitario camino,
si cocimientos no curan
los corazones heridos?

Mira por Dios, niña hermosa,
que en su humilde domicilio

tal vez tus honrados padres
con ansia esperan tu alivio.

Mira qué solos se quedan,
mira que están aflijidos,
que sus venerables canas
aun no perdieron su brillo.

Mancharlas puede un mal paso
que des en ese camino,
y en él, doncella, te aguardan
tal vez inmensos peligros.

La vista inquieta diriges
al cercano bosquecillo,
y entre su espeso ramaje
un hombre ocultarse miro.

Gentil parece el mancebo;
te turbas... ya te lo he dicho;
mira, mira como late
tu pobre corazoncito.

Ten cuidado, niña hermosa,
mira, y huye del peligro,
que no curan cocimientos
un pecho de amor herido.

A buscar malvas me dices
te envía el facultativo....
¡ay, niña! si buscas malvas,
mal vas por ese camino.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL PEZ.

Un pececillo lijero
por el mar iba saltando,
cuando vió sobre él nadando
un pedacillo de pan.

Quiso comerlo al instante,
pero su madre le dijo:
—No comas, no comas, hijo,
mira que á pescarte van.

Desoyendo la advertencia
al alimento se lanza,
y tras una hebra de tanza
dejó el pececillo al mar.

Y al verle, entonces, la madre
dijo con dolor profundo:
—¡Tanto aquí como en el mundo,
cuantos se dejan pescar!

José C. BRUNO.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑA DE QUINCE AÑOS.

Es tu corazón muy niño
y puro como el de un ángel,

la flor de tus ilusiones
con tus pensamientos nace.

Haz que su color conserve
y que su perfume guarde,
y si un corazón la besa,
que con su amor no te engañe.

No las lisonjas escuches
aunque á tu candor halaguen,
que el aire seca las flores
y son las lisonjas aire.

EDUARDO BUSTILLO.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ECKANN CHATRIAN.

MARGARITA.

Serian las diez de la noche cuando los últimos
bebedores salieron de la cervecería del *Cisne*.

Antonio siguió á los demás y bajó en silencio por
las calles de la aldea.

Las ventanas se cerraban á lo lejos, y se oían las
voces de las mujeres que se daban las buenas no-
ches.

Luego todo calló y Antonio se quedó solo en la
calle sombría, con las estrellas sobre su cabeza, los
árboles trémulos á su lado por las orillas del cami-
no.... mirando, escuchando y entregado á sus me-
ditaciones.

¡Qué de cosas fugitivas nos revela la noche! Es-
cuchad ese vago murmullo.... ese gato que hu-
ye.... ese pájaro que hace gorgoritos tan bajo, tan
bajo.... que solo puede oírle la garduña, siempre en
acecho.

Al jóven Antonio le gustaba la noche, andaba
algunos pasos.... se detenía.... se volvía.... aplicaba
el oído.... Las palabras de Conrado el tejedor cuan-
do miraba al cielo acudían á su mente:

“Conserva tu alma!.... conserva tu alma!....”

Pero cuando miraba la tierra; cuando respiraba
los suaves perfumes del otoño, de los heno cortados,
de los árboles con follaje tostado, entonces
pensaba en Margarita, en la hermosa Margarita,
tan fresca, con sus labios húmedos y rosados, sus
grandes ojos azules tan risueños, tan límpidos....
su risa tan sonora.... ¡Cuán bella le parecía enton-
ces, y cómo latía su corazón!....

Figurábase verla correr de una mesa á otra
echando cerveza en los altos vasos relucientes con
el brazo levantado, blanco como el marfil.... el talle
fino, las dos trenzas de sus rubios cabellos colgan-
do hasta su basquiña de color de amapola, con la
dentadura brillante como el esmalte mas puro....

Margarita se reía con todo el mundo excepto
con Antonio; apenas le veía entrar que se ponía sé-
ria; pero al mismo tiempo sus hermosos ojos azules
tomaban tal expresion de ternura, que el corazón

del pobre mozo se deshacía de amor.... Perdía la respiración y articulaba palabras ininteligibles.

Antonio meditaba en todas estas cosas y veía también al anciano Reebstock, el padre de Margarita, con su enorme peluca gris, la mirada cándida, respirando bondad por todos los poros, y veía la taberna ennegrecida por el humo, con sus vigas bajas.... el reloj con esfera de porcelana.... la lámpara colgada del techo, dorando los tostados semblantes de los bebedores, hombres del campo, con el sombrero caído hasta los ojos, y el vaso de estaño en sus manos anchas y callosas.

—La vida está en la tierra, se decía; la vida de amor, de sentimiento, de gozo.... El vino, la fruta, los perfumes.... y Margarita.... todo eso es la vida terrestre.

Y se estremecía pensando en la joven; y se la representaba con tal exactitud, que habría podido contar cada pliegue de su vestido, cada cuenta de su collar, cada inflexión de su franca sonrisa.

Nada escapaba á su imaginación; miraba las estrellas y veía á Margarita.... Escuchaba la brisa y oía la voz de Margarita.... Margarita estaba siempre presente en todas las cosas.... escuchando su pensamiento y respondiendo á él.... Oh amor!.... amor!.... quién eres? de dónde vienes?

Y Antonio caminaba así en medio de la noche luminosa por detrás de la aldea, pasando al lado de las zarzas, recorriendo los senderos, desembocando en la llanura recién segada, mirando las casitas con sus construcciones extrañas, irregulares, sus escaleras exteriores, sus balastradas carcomidas, sus corrales, sus tejados salientes, todo bañado de sombras negras, misteriosas!....

Dando un rodeo inmenso había venido á encontrarse junto á la casa de Reebstock; se había detenido detrás de ella, bajo la ventana de Margarita, y se decía mirando al ventanillo redondo que da luz al interior:

—Ahí está ella!....

Y pensando que estaba allí, su espíritu penetraba tanto, que un observador habría supuesto que miraba algo muy extraño, muy curioso.... pero no miraba nada.... no hacía mas que pensar:

—Ahí está ella!....

De lo alto de la bóveda del cielo la luna blanqueaba su frente, surcaba el arco de sus ojos, plateaba su ligera barba rubia y se deslizaba por su traje de artista, un poco descuidado, un poco flotante.... pero muy elegante y pintoresco.

Tenía en la mano izquierda su ancho fieltro pardo, cuya pluma barria la tierra, y con la derecha enviaba su alma á Margarita en un beso....

Luego, al cabo de un cuarto de hora pasado en esta contemplación silenciosa, saltó el cercado del huerto, entró en el patio, y viendo á la derecha que estaba abierta la puerta de la cervecería, viendo la cuba que redondeaba en la sombra su ancho vientre con círculos rojos; teniendo á su derecha el banquillo del trabajo, el hacha de mango corvo que proyectaba en las tinieblas un azulado resplandor; el cepillo, las tenazas, todos los utensilios del tonelero, y mas allá el lugar alumbrado con los ra-

yos oblicuos de la luna, se adelantó lentamente, respirando el olor un poco áspero del lúpulo y de la uva que fermenta.

Pero no se oía el ruido mas mínimo; la ventanilla de lo alto de la techumbre dejaba pasar una luz suave y melancólica.

Se sentó sobre un barril y se dijo:

—Ah! qué bien se está aquí!

Y miraba en el fondo la empalizada donde serpentea un feston de yedra, los cubos del corral donde comen las gallinas, la puerta del lavadero á la izquierda; y todo esto, porque Margarita se paseaba por allí á menudo, tomaba á sus ojos una significación singular, un encanto indecible.

—Ah! pensaba, si Margarita saliera un instante, si yo pudiera verla á estas horas, tendría valor para decirle: Margarita, te amo!.... Sí, tendría valor para decírselo....

Y en esto pasaba el tiempo hacia una hora, sin resolverse á marcharse, cuando vino á resonar por fuera un ruido extraño. Antonio levantó la cabeza; este ruido se parecía al que hace la lengua de un bebedor cuando saborea el mejor johannisberg del mundo.

—Qué es eso? exclamó el pintor deslizándose en el corral con prudencia. Allí oyó el mismo ruido repetido tres veces.

Antonio daba vueltas y mas vueltas sin atinar. Por fin tuvo la idea de separar el follaje de un arbusto, y vió al pié de la pared exterior al loco Kasper-Noss sentado sobre la yerba, con las piernas abiertas, la camisa caída sobre el hombro, su viejo pantalón de lienzo remendado colgando de un tirante, y su sombrero mugriento entre las rodillas, lleno de ricas uvas que sin duda acababa de robar en aquel contorno.

Kasper parecía estar muy contento; su frente bombeada, sus gruesos pómulos y su nariz chata relucían de satisfacción. Él era quien hacía aquel ruido con la lengua.

Alzaba los racimos enteros y los suspendía sobre su boca; su garganta replegada se hinchaba de gusto.

—Ja, ja, ja! exclamaba tragando las uvas.

Altas ortigas se inclinaban en su derredor en la sombra de la pared, y algunos cardos secos estaban de centinela á sus piés.

—Ah! tunante! le dijo Antonio; ¿con que así pasas las noches?

El loco volvió la cabeza, sus ojos se plegaron con aire burlón, y sin soltar la punta del racimo, continuó:

—Ja, ja, ja! eres tú, Antonio?.... Prueba estas uvas.

—De dónde las traes?

Kasper extendiendo la mano respondió:

—Allá lejos.... se encuentran.

—Cómo!.... las has robado en la viña de Reebstock?

—Sí, Antonio, respondió Kasper sencillamente.

—Y si yo te denuncio?

—No lo harás.

—Por qué?

—Porque tendrías que decir á qué hora me has visto.

Y al pronunciar estas palabras Kasper-Noss, torció los ojos de una manera singular; se echó á reír, y el artista despachándose á saltar la empalizada murmuró:

—Tiene razon.... tiene razon el loco!

Mas en el instante en que se escapaba, Noss le cogió de la chaqueta exclamando:

—Alto, ladron, alto!.... te he cogido; acabas de robar el alma de Margarita.

Antonio se puso pálido.

—Déjame.

—No, siéntate aquí.

—Te lo pido por favor....

—Come de estas uvas.

—Escucha.... voy á gritar...

—Dame una pipa de tabaco, Antonio, y haré que salga Margarita, dijo Kasper con ese tono extraño de la locura, lleno de extravío y de convicción. Margarita te ama, no piensa mas que en tí... Mira, añadió alzando el dedo, escucha.... está soñando en su cuartito.... está diciendo: "Antonio!.... Antonio mio! te amo!...."

El loco habia soltado á Antonio; pero este ya no pensaba en huir, sino que escuchaba las palabras de Noss con una alegría infinita.

—Oh! mi querido Kasper; ¿estás bien seguro de lo que dices? murmuró con voz trémula.

—¿Y por qué no he de estarlo?... No eres tú el mejor mozo de la aldea?... ¿No me das tabaco cuando te lo pido y las pipas que no te sirven? Sí, sí; todas las noches sueña contigo.... Mira, siéntate, voy á hacer que salga.

Antonio como fascinado se sentó.... Entonces el loco le presentó un racimo.

—Come, le dijo; bastantes veces me has dado pan, para que yo te haga un regalo.

Antonio tomó algunas uvas por pura complacencia; eran exquisitas.

Noss se reía; juntando entonces las manos delante de su boca soltó un grito gutural, el canto de la codorniz cuando se despierta.

Era tan exacto, que á lo lejos en los campos una codorniz se engañó, y figurándose ver el día en medio de la noche, cantó tres veces.

—Qué haces? preguntó el jóven.

—Hago adelantar la hora, respondió Noss muy alegre; son las cuatro al rededor de la cervecería.

En efecto; repitió varias veces el mismo grito á largos intervalos, y los campos del contorno parecían animarse con mil ruidos confusos.

—Déjame, decia á Antonio, déjame y verás salir á Margarita.... el viejo tiene el sueño pesado y no se despertará.

Y entonces inclinándose sobre la empalizada Noss imitó el primer canto del gallo, roncó por la niebla.... canto extraño, lento y grave.... se habria creído ver al gallo sacudiendo sus plumas y estremeciéndose en el gallinero....

Cinco ó seis gallinas bajaron al corral y se pusieron á mirar la luna.

—Bribon, murmuró Antonio; ¿quién ha podido enseñarte tales astucias?

Pero Kasper-Noss riendo le dijo en voz baja:

—No me interrogues; ¡estoy loco!

Las gallinas conociendo su error, quisieron volver á subir al gallinero: pero el loco que rebotaba malicia, las ahuyentó y las persiguió haciéndolas cacarear.

Luego súbitamente imitó el canto de la alondra que saluda la luz del día.

Este canto estaba tan impregnado de amor, que Antonio con los ojos húmedos de lágrimas exclamaba:

—Oh! Margarita.... ven; ven, Margarita, amor mio!.... mi júbilo!.... mi vida!.... Mi corazon canta por tí.... yo soy quien te llama!....

Se habia vuelto al corral y con la espalda apoyada en la pared y la cabeza inclinada, pensaba en Margarita, mientras el loco proseguia sus cantos.

Ahora bien, Margarita un poco sorprendida, habia oido entre sueños el canto de la codorniz; pero no habia fijado su atencion.... luego habia oido el gallo.... y no lo habia creído.

Después al oír las gallinas sus ojos se habian abierto. Ninguna luz brillaba todavía en el ventanillo, y habia dado una vuelta en la cama, pensando en Antonio.

Por último, cuando oyó la alondra, cuando aquellas notas tiernas y suaves llegaron á su alma, entonces levantándose lentamente, se dijo:

—Ya es de día!

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El melon y el casamiento ha de ser acertamiento.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

